

# *SANTOS GERVASIO Y PROTASIO, MÁRTIRES*

**DÍA 19 DE JUNIO**

**Por P. Juan Croisset, S.J.**

**T**odo lo que sabemos de estos dos gloriosos mártires, primicias de la Iglesia de Milán, y tan célebres en toda la Iglesia de Dios desde el cuarto siglo, se lo debemos á San Ambrosio.

Santos Gervasio y Protasio, gemelos y naturales de Milán, fueron hijos de San Vidal, mártir, y de Santa Valeria, que volviendo de Rávena, adonde había ido á enterrar el cuerpo de su santo esposo, cayó en manos de una tropa de gentiles, á una legua de Milán, que hacía sacrificios al dios Silvano. Quisieron obligarla á que los acompañase en aquellas sacrílegas ceremonias; pero negándose la Santa con resolución, diciendo á gritos que era cristiana, allí mismo recibió luego la palma del martirio.

No podían menos de ser virtuosos los hijos de unos padres tan santos. Sirvió como de basa á la eminente perfección á que los elevó la divina gracia la santa educación que debieron á éstos. Como nacieron poco tiempo después que nació la misma Iglesia, estaban animados con el fervor de los primitivos cristianos, y desde su infancia se distinguió en Milán su celo por la fe de Jesucristo.

Eran ambos mozos galanes y airosos, de una estatura prócer, haciéndose respetar hasta de los mismos

gentiles por su inocencia y por su virtud. Pasaron su juventud en una vida de mucha edificación, ejercitándose en obras de caridad cristiana. Habiendo heredado grandes riquezas por la gloriosa muerte de sus santos padres, determinaron hacer á Jesucristo heredero de ellas, repartiéndolas entre los pobres. No es fácil decir lo mucho que aprovechó esta generosa caridad á los fieles de Milán, ni las muchas familias pobres que se sustentaron á expensas de ella durante la persecución que los idólatras excitaron contra los cristianos; pero los que hacían tanto bien á los extraños, no se olvidaron de los propios: dieron libertad á todos sus esclavos; y habiendo proveído á sus necesidades, se retiraron á un cuarto para dedicarse únicamente á la oración, á la lección de libros espirituales y al ejercicio de todas las virtudes, en cuya dulce soledad pasaron por espacio de diez años.

Aunque se habían hecho casi invisibles á los ojos de los hombres por su vida retirada, los rayos de su virtud no dejaban de penetrar por entre las sombras de aquella misma oscuridad. Todos los reconocían por cristianos; pero la mucha veneración que profesaban á su vida ejemplar hizo que los dejasen tranquilos. Con todo eso, no duró mucho la calma. Transitando por Milán el conde Astasio, general del ejército del Emperador contra los marcomanos, pueblo de la antigua Germania, fueron acusados los dos hermanos ante él. Presentáronsele los sacerdotes de los ídolos, y le dijeron que, si quería volver victorioso y entrar triunfante en Roma, obligase á los dos hermanos Gervasio y Protasio, ambos cristianos, á que sacrificasen á los dioses; sin cuya diligencia desde luego le anunciaban la entera y total rota de su numeroso ejército.

Atemorizado el general con aquellas amenazas, hizo venir á su presencia á los dos Santos, quedando ad-

mirado y aun compadecido cuando vio aquellos cuerpos extenuados, y sobre todo cuando observó su modesta gravedad y compostura. Hablóles al principio con mucho agrado, y les dijo tenía entendido que eran dos almas muy gratas á los ojos de los dioses protectores del imperio, por lo que había resuelto llevarlos consigo al templo para que les ofreciesen sacrificios, rogándoles que bendijesen sus armas, haciendo gloriosa y feliz su expedición. «Señor (le respondió Gervasio), dadme licencia para representaros que equivocáis mucho los medios si pretendéis conseguir ese fin. ¿A quién os dirigís, ni á quién ofrecéis sacrificios? ¿Qué poder han de tener unos ídolos de metal ó de madera, que el fuego los consume, y el tiempo los acaba? No ignoráis, sólo con no negaros á la luz de la razón, que todos vuestros dioses juntos no valen tanto como el más vil de los hombres. ¿Queréis conseguir seguramente la victoria? Pues enderezad vuestros cultos al Dios de los ejércitos, que es el Dios de los cristianos, y también el vuestro, puesto que ni hay ni puede haber otro Dios, Criador del Cielo y de la Tierra, Dueño soberano de los imperios, y único Arbitro de nuestra suerte. Este sólo es el que puede daros la victoria, á sólo Él se la debéis pedir.»

Sorprendió tanto al conde este discurso, que al principio quedó como cortado; pero acudieron luego á irritarle los sacerdotes de los ídolos, no menos que las sediciosas voces del pueblo, el cual gritaba tumultuosamente que, si no se vengaba en caliente aquella gran blasfemia contra los dioses inmortales, amenazaba un terrible azote del Cielo á la ciudad de Milán y á todo el imperio romano. Encendido Astasio en cólera, mandó azotar tan cruelmente á Gervasio con plomadas, que, consumido ya al rigor de sus penitencias, rindió el alma en el mismo suplicio.

**Pero como el conde quisiera más hacerlos apostatar**

que quitarlos la vida, no perdonó á diligencia alguna para persuadir á Protasio que por lo menos le acompañase hasta el templo, donde él iría y ofrecería el sacrificio. Negóse á esto el santo mancebo generosamente, representándole con respeto, pero con resolución, que no consistía la dicha del hombre en vivir, pues todos habían nacido sentenciados á la muerte, sino en conocer y en servir al verdadero Dios, Criador del Cielo y de la Tierra; que conocía bien no era muy de su gusto este discurso, pero que él ni podía disimular la verdad, ni debía hacer traición á su conciencia; y que aun se atrevía á decir que más temía el conde Astasio á Protasio que Protasio al conde Astasio, atento á que éste temía perder la batalla si Protasio no ofrecía á los dioses un sacrílego sacrificio. Irritó furiosamente al general un discurso tan cristiano, pronunciado con modestia, pero con resolución, y más habiéndose imaginado que la cruel muerte de Gervasio tendría intimidado á su hermano. Dijóle, lleno de cólera, que era tan insensato como aquél, y añadió: «Ya que quieres perecer, perecerás». A que replicó Protasio: «No pereceré si tengo la gloria de morir por mi divino Maestro, porque el martirio es el camino más seguro para la vida eterna. Sólo moriré con el sentimiento de ver te quedas idólatra: compadéceme mucho tu desgracia, y no puedo menos de llorar tu ceguedad». Conoció Astasio que iba blandiendo su corazón, y temiendo que acabase de vencerle resolvió deshacerse de él cuanto antes, por lo que mandó que luego le cortasen la cabeza, lo que se ejecutó al instante, habiendo sucedido esto hacia la mitad del primer siglo. Quedaron los dos santos cuerpos un día entero expuestos á los ojos del público, y después fueron arrojados en un muladar, de donde un gran siervo de Dios, llamado Filipo, acompañado de su hijo, los retiró secretamente de noche, los colocó en un sepulcro de mármol, escribió en un papel todo lo que acabamos de referir, puso el escrito debajo de la cabeza de los Santos y después lo enterró en el

**mismo sepulcro. Más de trescientos años estuvo oculto este precioso tesoro, hasta que en el de 386 permitió Dios que los mismos Santos Gervasio y Protasio se le revelasen á San Ambrosio, cuando el Santo se estaba disponiendo para dedicar la iglesia de Milán, que después se llamó la Basílica Ambrosiana, y hoy se llama San Ambrosio el Grande. Las palabras con que el mismo Santo refiere este suceso en la carta que escribió á su hermana Santa Marcelina, son las siguientes:**

**«Disponiéndome yo para dedicar la nueva iglesia que hice construir en Milán, mostró el pueblo grandes deseos de que celebrase esta función con la misma solemnidad con que había dedicado la de los Santos Apóstoles, cuando coloqué en ella sus reliquias. Respondí que condescendería gustoso con lo que deseaba, con tal de que hallase reliquias de algunos mártires que colocar; y en aquel mismo punto sentí no sé qué movimiento interior, que me pareció como presagio de lo que después había de suceder. Habiéndome hecho Dios la gracia de que ayunase la Cuaresma, pasándola en oración con los fieles, un día me sentí cargado de sueño, y comenzaba ya á dormirme cuando, despabilándome de repente, vi delante de mí dos mancebos vestidos con una ropa talar, y cubiertos con un manto ó capa de extraordinaria blancura, pareciéndome que los dos estaban haciendo oración. Desperté perfectamente, y desapareció la visión. Inquieto por no saber lo que aquello significaba, doblé mi ayuno y mis oraciones; sucedióme segunda vez lo mismo; y en fin, la tercera noche, estando perfectamente despierto, se pusieron delante de mí los dos mancebos, acompañados de otro tercero que representaba más edad, y me pareció sería San Pablo; por lo menos era muy parecido al retrato que tenemos de este Apóstol. Los dos mancebos no me hablaron palabra; pero este tercero me dijo que aquellos dos jóvenes eran dos ilustres mártires de Jesucristo, cuya**

vida y cuya muerte había edificado mucho la Iglesia, y que hallaría sus reliquias en el mismo sitio donde estaba haciendo oración, las cuales debía exponer á la veneración de los fieles. Como yo me atreviese á preguntarle por sus nombres, me fue respondido así: Hallaráslos escritos, con una breve noticia de su vida y de su martirio, en la misma sepultura. Habiendo dado parte de lo que acabo de referir á los Obispos vecinos, y á mi clerecía, nos juntamos todos en la iglesia de San Nabor y de San Félix, hicimos cavar la tierra alrededor de las barandillas que cercan el sepulcro de los dos santos mártires Félix y Nabor, y encontramos, en fin, el que contenía aquellas preciosas reliquias; abrímosle, y hallamos los cuerpos de dos Santos Mártires, cuyos huesos estaban enteros y en su situación natural. Estaba cubierto de sangre el fondo del sepulcro, y el maravilloso olor que salía de él se extendió por toda la iglesia: debajo de la cabeza de los Santos se halló un escrito que contenía el compendio de su vida y de su martirio.»

Antes que se elevasen los huesos de la tierra, y que se cantasen los himnos, se hicieron venir al sepulcro diferentes energúmenos, y luego testificaron los milagros la realidad de las reliquias. En el mismo día fueron trasladados á la basílica de Fausto , y porque ya era tarde se dejaron allí hasta el día siguiente, pasándose la noche en oración. «Fue prodigioso el concurso de gente que acudió de todas partes (prosigue el Santo), y el día siguiente se llevaron las santas reliquias á la basílica mayor con religiosa pompa, á la que se siguieron regocijos públicos en toda la ciudad. Durante la procesión (continúa San Ambrosio) sucedió la milagrosa curación de un ciego, conocido en todo Milán, que se llamaba Severo; apenas tocó los ojos con el paño ó tafetán que cubría las reliquias de los mártires, cuando cobró en el mismo instante la vista; manifestando Dios la gloria de los Santos con otros muchos milagros.» Subió al

pulpito San Ambrosio , y, teniendo á uno y á otro lado las dos cajas, predicó un sermón al pueblo en honra de los dos Santos, como se lo cuenta á su hermana Santa Marcelina, y en él habló en estos términos: « Vosotros mismos habéis sido testigos de muchos energúmenos que quedaron libres á vista de estas santas reliquias. ¡Cuántos enfermos se vieron repentinamente sanos tocando el paño que cubre estos dos santos cuerpos, y cuántos con la sombra sola de estas dos cajas! ¡Cuántos oratorios se han erigido ya en honor suyo, y cuántos paños, cuántos tafetanes se han mudado ya, por la piadosa persuasión de que todo lo que hubiese tocado los santos cuerpos tendría virtud de hacer milagros! En fin, se tiene por dichoso el que logra tocar el lienzo que los cubre: *Gaudent omnes extrema lintea contingere*. Concibiendo una grande confianza de que al punto se verán libres de sus dolencias: *Et qui contigerit, sálvus erit*».

Esta gloriosa traslación, que desde entonces se hizo tan célebre en casi todo el mundo cristiano, se solemnizó el día 19 de Junio del año 386, en cuyo día fijó la Iglesia su fiesta.

**La Misa es en honra de los Santos Gervasio y Protasio, y la oración es la que sigue:**

**i Oh Dios, que cada año nos alegras con la festividad de tus santos mártires Gervasio y Protasio! Asístenos con tu gracia para que nos inflamen con sus ejemplos aquellos que tanto nos regocijan con sus merecimientos. Por Nuestro Señor Jesucristo, etc.**

**La Epístola es de la primera del apóstol San Pedro, cap. 4.**

**Carísimos: alegraos de participar de los trabajos de**

**Cristo, para que os alegréis también y os regocijéis cuando se manifieste su gloria. Si sois tratados ignominiosamente por el nombre de Cristo, seréis dichosos; porque el honor, la gloria y la virtud de Dios y su espíritu reposa en vosotros. Pero ninguno de vosotros tenga que padecer como homicida, ó ladrón, maldiciente, ó acechador de los bienes ajenos. Pero sí, como cristiano, no se avergüence, sino glorifique á Dios por tal nombre. Porque es tiempo de que comience el juicio por la casa de Dios. Y si primero por nosotros, ¿cuál será el fin de aquellos que no creen al Evangelio de Dios? Y si el justo apenas se salvará, ¿en dónde pararán el impío y el pecador? Por tanto, aquellos que padecen por voluntad de Dios, encomienden por medio de buenas obras sus almas al Criador, el cual es fiel.**

## **REFLEXIONES**

*Si el justo apenas se salva, el impío y el pecador ¿en qué pararán?* Esta pregunta se ha de hacer á esos libertinos de profesión, á esos hombres casi sin religión, á esos mundanos que sólo siguen sus gustos, que sólo dan oídos á sus pasiones, y que cada día se endurecen más contra los remordimientos de su conciencia. Preguntemos á aquella persona joven, que sólo sabe tomar gusto á las máximas del mundo, cuyo corazón y cuyo espíritu, lleno todo de vanos proyectos de fortuna, de frívolas ideas de grandeza, sólo suspira por los objetos de su ambición, y mira con lástima á los que profesan una vida cristiana y arreglada; preguntemos á aquella mujer mundana, á esas gentes de las diversiones y de los pasatiempos, cuál ha de ser su suerte. Tienen parientes, tienen amigos que profesan la misma religión, y su vida es muy diferente de la suya. Aquella señora, aquella dama tan indevota y tan esparcida, tiene una hermana en un convento, cuya inocencia se está manteniendo á favor de un continuo ejercicio de oración, de una exacta observancia, de una

rigurosa penitencia; y de ésta, dice el apóstol que apenas se salvará. Esta digna esposa de Jesucristo, esta víctima del divino amor, tan inocente, trabaja día y noche en su salvación, con temor y con temblor, y apenas se salvará, según el apóstol; mientras su hermana, que es tan poco devota y tan mundana, criada en la maldad y envejecida en las peligrosas diversiones del mundo, vive con una prodigiosa seguridad de su eterna salvación. ¡Oh Dios, qué ceguedad tan funesta! ¡Qué estado más digno de temerse!

Los desiertos y los claustros están poblados de santos; y estos santos aun no juzgan segura su inocencia en aquel abrigo. En una palabra: *Si el justo apenas se salva, el impío y el pecador ¿en qué pararán?*

**El Evangelio es del cap. 6 de San Lucas , y el mismo que el dia 1.**

## MEDITACIÓN

**De la causa y de los efectos de la falsa conciencia.**

**PUNTO PRIMERO.—**Considera que el origen de la falsa conciencia es el amor propio, el cual, corrompiendo al corazón, da paso al contagio hasta el entendimiento, y á éste le ciega; con cuyos dos asesores, por decirlo así, decide de todo como supremo Juez: materias de religión, dudas de moral, casos de conciencia, puntos de fe, todo se resuelve en este tribunal. ¡Qué de errores! ¡Qué de descaminas! ¿Y qué hay que admirar de que tantos se precipiten?

Los entendimientos más cortos, los más limitados son los más expuestos á dar en el error, los menos capaces

de conocerle, y por consiguiente de corregirle; de aquí nace que la dureza y obstinación es inseparable de la falsa conciencia. Es indubitable que ningunos son más fáciles á descaminarse que los hombres de poco entendimiento; cuanto más moderados sean sus alcances, tanto más seguros y tranquilos vivirán en sus errores; pues no admite disputa que el orgullo es uno de los principios de la falsa conciencia. Llenos de estimación de sí mismos, soberanamente pagados de todas sus ideas, se juzgan infalibles en cuanto conciben. Tiene gran cuidado el amor propio de fomentar una presunción tan declarada por sus intereses, tan aprobadora de todo cuanto le lisonjea, y esto es lo que produce la obstinación en la falsa conciencia y su falsa seguridad.

**PUNTO SEGUNDO.**—Considera que á esta falsa, á esta engañosa luz deben sus progresos las falsas devociones, los abusos más groseros y hasta las mismas herejías. La falsa conciencia es la que introdujo, ó, por lo menos, la que toleró y aprobó las ilusiones del entendimiento y del corazón, la que siempre las fomenta y las autoriza. No hay maldad que no se cometa con ella; porque ¿á qué excesos no se arroja un ambicioso cuando hace punto de conciencia sus mismas engañadas máximas? Una conciencia, si os place, corrompida con la ambición, ¿qué celos tan malignos no inspira? ¿Qué artificios no aconseja? Y si es menester, ¿de qué traiciones no se vale? Cuando la conciencia va de concierto con la codicia, nada le cuestan las mayores injusticias; no hay usuras que no favorezca, simonías á que no eche la capa, vejaciones, violencias, pleitos injustos, trampas y enredos que no santifique. Pues si la animosidad, si el rencor y el odio forman la conciencia, dime: ¿qué dicterios, qué murmuraciones, qué enconos no autoriza, qué venganzas no apoya, qué escandalosas divisiones, qué enemistades no fomenta, qué desdenes, qué desprecios, qué sacudimientos no aprueba? Nada detiene á una falsa

conciencia; pervertida por una parte y muy satisfecha de conciencia por otra, á todo se arroja y todo lo lleva tras sí. La delicadeza de conciencia en los santos y los mismos escrúpulos de las almas timoratas muestran bien cuánto temían el infeliz estado de la falsa conciencia.

**i Ah, Señor! Por irritado que estéis, no queráis castigar jamás á vuestro pueblo con esta funesta ceguedad; descargad vuestra ira en todo lo demás, pero perdonadnos en este punto. Al contrario, hacednos tan delicados, tan detenidos en lo que toca á vuestros mandamientos, y dadnos una conciencia tan timorata, que desconfiemos siempre de nuestras propias luces; un corazón, un espíritu humilde, dócil, rendido, recto, y que vuestra santa ley sea siempre nuestra guía.**

## **JACULATORIAS**

**Bienaventurados los que nunca se desvían del camino de la inocencia y van siempre adelante por la ley santa de Dios.—Ps. 118.**

**Olvidad, Señor, mis ilusiones y mis errores, y no os acordéis de los pecados de mi inconsiderada mocedad.—Ps. 24.**

## **PROPÓSITOS**

**1. Mira con horror tan desacertada guía, y nada temas tanto como el engaño y la ilusión en punto de salvación. Apenas se puede creer que tantas gentes lastimosamente precipitadas en el error, y tantos otros de una vida por otra parte tan arreglada, caigan miserablemente por pura malicia en tantos desórdenes sobre materia de costumbres, y vivan con tanta tranquilidad en costumbres tan desbaratadas y tan visiblemente opuestas á las máximas del Evangelio. La**

**falsa conciencia es la que hace estos estragos y la que produce todos estos frutos. Debes precaverte contra un mal tan peligroso y tan común; desconfía siempre de la dureza de juicio en punto de devoción; nunca te aferres en tu dictamen contra el parecer de tus directores, de tus padres y de tus amigos; guárdate bien de que tu capricho sea efecto de la falsa conciencia. Nunca te persuadas á que no hay inconveniente en ir á la comedia y á la ópera, á que puedes sin escrúpulo concurrir á ciertos parajes donde corre peligro la inocencia, á que no hay inconveniente ni tiene misterio el pasar en el juego los días y las noches. Es cierto que una conciencia desembarazada autoriza todos estos defectos; pero ¿te hará por eso menos culpado en cometerlos? Remedia sin dilación estos desórdenes.**

**2. Guárdate mucho de buscar directores lisonjeros y laxos, confesores cómodos, profetas que sólo anuncian lo que halaga al amor propio; todos son muy malos guías. ¿Qué ciego busca por lazarillo á otro ciego? Nunca te fíes de jueces que sentencian siempre en favor de tu inclinación. Expón sencillamente tus dudas á personas sabias, y confórmate sin réplica con sus resoluciones.**